

DAHMER, Helmut: *Die unnatürliche Wissenschaft. Soziologische Freud-Lektüren*, Münster: Westfälisches Dampfboot, 2012, 273 págs.

En los últimos años se han publicado diversos volúmenes que ofrecen un balance de la historia del psicoanálisis, desde su paulatino surgimiento a partir de los *Estudios sobre la histeria* y *La interpretación de los sueños* hasta los trabajos de Melanie Klein, Jacques Lacan y consortes. La colección de ensayos que nos ocupa, cuyo título en castellano sería *La ciencia innatural. Lecturas sociológicas de Freud*, es sin embargo algo más. Su autor, Helmut Dahmer, es uno de esos hoy ya raros intelectuales capaces de lograr que una teoría deje de ser mero objeto de disección académica y cobre vida para interpelarnos pese a la distancia que nos separa de ella. Los textos que componen este volumen están escritos desde la conciencia de que “hasta hoy la historia del movimiento psicoanalítico es ante todo la historia de su subestimación, de su proscripción y de su auto-limitación” (p. 7); sus páginas dan cuenta de los enormes potenciales truncados en la evolución del movimiento psicoanalítico y, al mismo tiempo, no se resignan a abandonarlos: el intento de Dahmer es leer esta historia a contrapelo para revitalizar esos potenciales silenciados. Así emerge una tradición subterránea de psicoanálisis crítico, que abarca desde el diagnóstico del malestar en la cultura hasta las fallidas tentativas del freudo-marxismo y la apropiación del psicoanálisis por parte de Adorno. Dahmer sopesa las circunstancias del surgimiento de cada una de estas corrientes y sus insuficiencias, intenta establecer qué elementos han preservado su relevancia y qué merecería ser continuado; de este modo se delinean los contornos de un programa de trabajo en el que el psicoanálisis se revela un aliado insustituible para la teoría crítica de la sociedad.

El propósito declarado del libro es combatir el persistente malentendido que considera el psicoanálisis una “ciencia natural del alma” con determinadas aplicaciones terapéuticas; los ensayos aquí reunidos aspiran a mostrar que el psicoanálisis es, por el contrario, “una ciencia ‘innatural’, que no tiene que ver con ‘objetos’, sino con (potenciales) sujetos: con los autores de sus biografías y de nuestra historia social” (p. 7). Ya en este planteamiento se revela el perfil teórico de un autor cuya trayectoria está marcada por la militancia en dos teorías críticas que considera hermanas: el psicoanálisis y el “marxismo hegeliano escéptico de impronta francfortiana” (p. 8). El objetivo de Dahmer, en este libro como en el resto de su obra¹, es

¹ Dahmer ha sido redactor de la legendaria revista *Psyche* durante varias décadas. En castellano están disponibles dos de sus libros, *Libido y sociedad. Estudios sobre Freud y la izquierda freudiana* (México D. F.: Siglo XXI, 1983) y *La sociología después de un siglo de barbarie* (Lima: Fundación Friedrich Ebert, 2006). En alemán acaba de republicarse su valiosísimo compendio de textos de psicología social

sentar las bases de una sociología psicoanalítica capaz de rastrear las huellas que la socialización en el capitalismo deja en la constitución de los sujetos vivientes, a los que la praxis social reduce a meros objetos. Para ello tiene que enfrentarse con la evolución del movimiento psicoanalítico que, desde la segunda mitad del pasado siglo, ha tendido a ahogar los impulsos del proyecto freudiano que iban más allá de la mera técnica terapéutica; se trata de una tendencia evolutiva que Dahmer no duda en considerar "regresiva".

Una vez más, la regresión de la teoría debe entenderse a partir de las transformaciones de la sociedad. Dahmer documenta cómo, a comienzos de los años treinta, ante la arrolladora expansión del fascismo por Europa, Freud intentó presentar el psicoanálisis como una mera "ciencia natural", quizá desmitologizadora, pero políticamente neutral. A estos efectos rompió las relaciones con la izquierda política y el radicalismo estético de estos años —expulsó a Wilhelm Reich de la *Vereinigung*, quitó a Otto Fenichel la dirección de la *Revista internacional de psicoanálisis* y rompió bruscamente con Breton y los surrealistas— a la vez que intentaba en vano plegarse a las exigencias de la "política cultural" nacional-socialista. Pero todos los cuestionables intentos de Freud de salvar la "causa psicoanalítica" mediante una especie de hibernación política no lograron evitar que las fuerzas destructivas del *short century* alcanzaran también a la "ciencia del inconsciente": sus instituciones fueron desmanteladas y sus miembros arrojados a la dispersión del exilio y a la más absoluta precariedad, cuando no al exterminio (en varias ocasiones menciona Dahmer las circulares de Otto Fenichel, que constituyeron un fallido intento de combatir el aislamiento y mantener la comunicación interna entre los psicoanalistas politizados). El psicoanálisis logró sobrevivir, pero su reconstitución en el exilio norteamericano —que llegaría a ser un segundo hogar— implicó una ruptura con los planteamientos freudianos. La adaptación forzosa al medio estadounidense permitiría a los psicoanalistas salir del ghetto y propiciaría a la disciplina una creciente notoriedad, pero al precio de una "medicalización" que significaba la castración de la dimensión "extra-terapéutica" del proyecto freudiano. Para justificar esta reorientación, sus partidarios no tenían más que remitir a los intentos del propio Freud a comienzos de los años treinta por despolitizar y neutralizar la disciplina: lo que había sido una estrategia (fallida) de supervivencia se convirtió en una técnica de asentamiento. En consecuencia, las dimensiones de sociología y de crítica de la

analítica en dos volúmenes: Helmut DAHMER (ed.): *Analytische Sozialpsychologie: Texte aus den Jahren 1910-1980* (2 vols.), Giessen: Psychosozial, 2013.

cultura sólo fueron continuadas por *outsiders* y herejes de la nueva ortodoxia psicoanalítica (pág. 220) –desde los estudios sobre el “prejuicio” y la personalidad autoritaria hasta el etno-psicoanálisis y las diversas formas de psicoanálisis de grupos–. El psicoanálisis institucionalizado, en cambio, vivió desde la segunda posguerra en *splendid isolation*, rehuendo toda confrontación con las cuestiones de su tiempo y reaccionando con extrañeza tanto al persistente interés de algunos filósofos por el psicoanálisis (Marcuse, Sonnemann o Habermas) como al resurgir del interés por Freud y Reich por parte de los estudiantes politizados en torno a 1968. En su intento de revitalizar la teoría freudiana, Dahmer descubre verdaderos tesoros en el escombrero de la historia del movimiento psicoanalítico: líneas de desarrollo desechadas o consideradas “marginales” –desde la izquierda freudiana que Dahmer tipifica en Fenichel, Bernfeld y Lorenzer hasta la recepción de Freud por parte de Adorno– que esperan ser retomadas y continuadas. El resultado es, sin duda, convincente, y especialmente persuasivo cuando analiza las tensiones irresueltas en los planteamientos del gran padre fundador del psicoanálisis, Sigmund Freud.

Dahmer subraya que la peculiaridad de la teoría freudiana –que contradice sistemáticamente las concepciones sobre el ser humano y la cultura arraigadas en el sentido común– consiste en que es una crítica de las instituciones que se presenta con el atuendo de una ciencia dura. De ahí el interés de su interpretación de la evolución intelectual del joven Freud, desde sus inicios en la fisiología –marcados por la influencia de la escuela positivista de Helmholtz– hasta que comienza a confrontarse con fenómenos como la histeria y las obsesiones, para los que la ciencia de la época no disponía de ninguna interpretación ni de una verdadera terapia. La histeria y las obsesiones eran afecciones somáticas sin una base fisiológica: descubrir sus causas profundas llevó a Freud a ir más allá de la mera “ciencia natural” para descubrir que estaban condicionadas por la represión y el olvido; en consecuencia, el esclarecimiento de sus síntomas no remitía únicamente a un origen psíquico, sino también social. Por ello Dahmer reivindica una matriz de ciencia social crítica en el psicoanálisis, pese a que el propio Freud nunca llegó a romper conscientemente con la concepción positivista de ciencia: “Daba por supuesto que lo que hacía seguía siendo ciencia ‘natural’ y, sin embargo, por mor de sus peculiares ‘objetos’, había pasado a ser un crítico de la ‘segunda naturaleza’, es decir, de nuestra cultura, que abrumba a demasiados individuos” (pág. 121). En efecto, la crítica freudiana se dirigía contra las instituciones de la psique y de la cultura, que se

imponen a los individuos con la autoridad de una naturaleza inamovible y son, sin embargo, contingentes, percederas y transformables; y estas instituciones son objeto de crítica por el malestar y la insatisfacción que producen a los individuos socializados, exigiéndoles un nivel de renuncia que luego no pueden compensar. Por ello, frente a las socializaciones superficiales del psicoanálisis a cargo de revisionistas y freudo-marxistas, Dahmer señala –como ya hiciera Adorno– que el verdadero potencial crítico de la teoría freudiana debe buscarse en la metapsicología: en los destinos de la libido que resultan del modo en que los individuos interiorizan las coacciones sociales en una realidad heterónoma.

Para Dahmer, el tema central de la "ciencia innatural" de Freud, el punto cardinal en que sus planteamientos se tocan con los de Marx y la Teoría Crítica, es el fetichismo: el sometimiento de los individuos a coacciones pseudo-naturales. En la histeria y la neurosis, los individuos se ven privados de su autonomía por síntomas que parecen ajenos a su voluntad y de los que, sin embargo, son agentes; en su praxis social, las exigencias de la "economía" –como esfera desgajada del resto de actividades sociales– se les imponen como una instancia inapelable e independiente de su acción. "El fetiche es un artefacto al que se le atribuyen propiedades mágicas, no un producto natural; el fetichismo –o la 'cosificación'– es un problema de la historia y de la praxis, no de la naturaleza y de la técnica" (p. 37). Dahmer muestra que ya la sociología de Durkheim había interpretado los hechos sociales como coacción: se trataba de entidades producidas y reproducidas por los seres humanos que, sin embargo, escapaban al control de sus autores y acababan por someterles; los individuos socializados interiorizan la coacción impuesta desde fuera, que se convierte en "su corsé y su prótesis" (p. 55). Pero, mientras que Durkheim veía en esta coacción el único instrumento para la domesticación del género humano y justificaba el sacrificio de quien no se plegara a sus exigencias, Freud –cuya obra parte del estudio de histerias, sueños, obsesiones y fobias– quería construir una terapia que liberara a sus pacientes de toda coacción innecesaria. El psicoanálisis había descubierto un dominio de sufrimiento somático sin causa fisiológica: los orígenes de los síntomas no estaban en la primera, sino en la segunda naturaleza; de acuerdo con ello, su objetivo era lograr una cultura "que ya no oprima a nadie". Pero, como Dahmer bien señala, esto no significa apelar a un "regreso a la naturaleza" que deja rienda suelta a los impulsos de *libido* y *destrudo* –un canto de sirena al que sucumbió Wilhelm Reich, con su sintomática evolución desde el freudo-marxismo hacia la orgonomía–, sino que se trata modificar la naturaleza desde

“una 'cultura' que hasta hoy no ha sido merecedora de este nombre, porque sigue siendo demasiado opresiva” (pág. 159).

En este sentido, Dahmer subraya que la contribución fundamental de Freud tiene que ver con su giro copernicano hacia sujeto menesteroso y sufriente, que tan a menudo ha olvidado la teoría social. En efecto, el psicoanálisis freudiano pone de manifiesto los costes producidos por las excesivas exigencias que requiere su adaptación a la realidad social "dada" y, al hacerlo, parece aferrarse a la posibilidad de "sabotear el destino" (Sonnemann), de combatir el sufrimiento socialmente producido y, por tanto, completamente innecesario. De hecho, el psicoanálisis no se contenta con *explicar* los síntomas, sino que busca dar al paciente los medios para *romper su poder sobre ellos*. Al intentar ir más allá de la apariencia incomprensible de los sueños y los síntomas de la neurosis, el psicoanálisis "busca al autor que se ha perdido a sí mismo y por ello no reconoce sus productos como suyos, sino que los percibe como algo extraño que se apodera de él o como algo que se le inflige" (pág. 185). Su especificidad como teoría crítica consiste en que, al dar a los sujetos los instrumentos para devolver a su consciencia las causas reprimidas que están a la base de sus afecciones, les devuelve la autonomía que la interiorización de las coacciones externas les había arrebatado. Se trata, en último término, de poner fin a la inconsciencia que lleva a los individuos socializados a actuar de determinadas maneras —y esto no es baladí en una formación social que, a decir de Engels, se basa en gran medida en la "inconsciencia de los implicados" (cfr. pág. 122) —.

Pero la reivindicación de la relevancia de Freud para la crítica de la sociedad tampoco lleva a Dahmer a eclipsar sus puntos flacos. Ante todo tiene bien presente que Freud quedó apresado en un psicologismo que consideraba las ciencias sociales mera "psicología aplicada"; pero, al mismo tiempo, insiste en que los intentos de compensar el "déficit sociológico" de Freud —desde el revisionismo al freudomarxismo— han tendido a una sociologización superficial del psicoanálisis que enterraba su gran potencial como "ciencia innatural": las contribuciones de la metapsicología. En este sentido no es casual que fuera el propio Freud el que mejor comprendió —ya en 1921— las implicaciones carácter regresivo en que se basa la constitución de las masas, en las que reconoció algunos rasgos fundamentales de la horda primitiva: "Aquí es donde su psicologismo se topa con un límite. Porque la crítica del vínculo que une a las masas como un elemento regresivo presupone la forma moderna de *socialización indirecta* (que por lo demás Freud ignora) de indivi-

duos liberados y más o menos autónomos" (pág. 215); es decir: su socialización como agentes atomizados que compiten entre sí en el mercado. La cara oculta de esta misma socialización indirecta les hace susceptibles a modelos de identificación que estimulan la "herencia arcaica" en su inconsciente (p. 40).

En definitiva, estas lecturas sociológicas de Freud ofrecen un buen material de partida para revitalizar la conjunción de teoría crítica de la sociedad y psicoanálisis de cara al estudio de la constitución social de los sujetos: "Sociología y psicología son formas de reflexión de la historia social. En ellas las relaciones de dominio institucionalizadas en cada momento constituyen la matriz de las biografías individuales. La sociología lo sabe, la psicología lo ignora" (pág. 194). Pero el objetivo de la "ciencia del inconsciente" era liberar a los individuos de un malestar en la cultura que produce "pogromos, masacres y guerras"; su toma de partido por lo reprimido y silenciado en los individuos convierte el psicoanálisis en una fuente de conocimiento imprescindible para la teoría crítica. De ahí que esta reivindicación del psicoanálisis como "ciencia innatural" sea sumamente valiosa para todo aquel que quiera retomar su impulso crítico y continuar sus tareas pendientes más allá de su institucionalización académica y terapéutica; en palabras de Dahmer: "Médicos, psicólogos e ideólogos corporativos ('sacerdotes') ya han administrado y desaprovechado el psicoanálisis por tiempo suficiente; los neurobiólogos han querido acapararlo y los metodólogos de la ciencia se han ensañado con él. En el futuro la Ilustración freudiana necesitará otros representantes: espíritus libres, analistas profanos y pastores de almas laicos, críticos de la ideología e historiadores de la memoria: todos aquellos que, al igual que Freud, buscan una cultura que ya no oprima a nadie" (pág. 248).

Jordi Maiso

jordi.maiso@gmail.com